zad á vuestro hijo este fervor de que me hablais, y del que me habeis dado tan grandes ejemplos.

Sí, Madre mia, la menor dificultad me detiene: me dejo vencer de la primera tentacion de enojo y de disgusto: el respeto humano me embaraza muchas veces, y me impide ejecutar lo que la gracia me inspira.

Bien veis la necesidad que tengo de que me animeis. ¡Ah! ojalá que vuestras instrucciones saludables enciendan en mi corazon este amor fervoroso con el cual merece ser servido el Dios de la caridad!

CAPITULO XIV.

De la desgracia que padece el que pierde á Jesus.

Tenia Jesus cerca de doce años cuando acompañaba á sus Padres María y José, que iban á Jerusalen, segun costumbre, á la solemnidad de la Pascua.

Concluida ya la celebridad, salieron de Jerusalen María y José para volverse á Nazareth, pero Jesus se quedó en la ciudad sin noticia de sus Padres. Ya habian andado

una jornada del camino, cuando echaron ménos á su querido Hijo.

¿Qué sentimiento no debió causar esta ausencia á unos Padres que tanto le querian. Pero sobre todo, ¿cuán sensible no debió ser para María esta pérdida?

¡Oh Salvador mio! no os perdió María por falta suya. Vos fuísteis el que os robásteis á su vista por *los intereses de vuestro Padre celestial.*

Pero yo, que os he perdido tantas veces por mis iniquidades, que os he obligado á que os separéis de mí, ¿puedo yo sentir dignamente la desgracia de esta pérdida y de esta separacion?

María no perdió sino la presencia corporal de Jesus, conservando toda su amistad; pero yo he perdido lo mas amable que podia tener en el mundo, que es la gracia y la amistad de Jesus.

El mundo y sus placeres, á quienes he amado mas que á Jesus, ¿podrán ser bastantes para repararme esta pérdida?

¡Dichosos aquellos de quienes nunca se ha separado Jesus, y que le han poseido sempre! ¡Solamente estos saben y pueden decir lo que es el Paraiso de la tierra.!

Estar con Jesus, ¡oh dulce compañía! ¡oh suavísimas coversaciones! ¡oh amistad tierna! ¡oh alegría divina!

Pero verse apartado de Jesus, ¡oh espantosa soledad! ¡oh noche obsura! ¡oh estrema miseria! ¡oh infierno anticipado!

¡Ah! quien ha perdido á Jesus, daria por volverle hallar, si conociera su desgracia, todas las riquezas, los honores y los placeres de la vida.

Se siente una pérdida temporal hasta el estremo de estar un hombre inconsolable; ¡y no se llora la pérdida que se hace de todo un Dios! Forsozo es que los hombres sean insensibles, pues que no puede haber mayor pérdida para un cristiano.

No, no hay ningun hombre que deje de sentir la pérdida de los bienes de este mundo: solo á Vos ¡oh Dios mio, bien sobereno é infinito, es á quien los hombres pierden sin sentimiento! ¡Oh, y qué poco que os conocen!

Una esposa, si no está desnuda de sentimientos, ¿podrá permanecer tranquila cuando acaba de perder á un tierno esposo?

Un hijo, á ménos de no estar desnaturalizado, ¿podrá hallarse sin dolor cuando ha perdido al mejor de los padres?

¡Oh Padre de las misericordias! restituid vuestra amistad á vuestro hijo. Divino esposo de las almas, volved á la mia vuestro amor.

Dejaos mover de las lágrimas que corren de mis ojos, qué si son copiosas y abundantes, es porque conozco el precio de todo lo que he perdido.

Me tengo horror á mí mismo cuando pienso que he merecido perderos: sí, Padre mio, os he perdido despues de haberme vos dado á conocer, por medio de unas señales bien claras, el amor que me teníais, y la complacencia que esperimentábais en verme cerca de vos.

¡Oh, y cuán pequeño es mi corazon para detestar dignamente mi ingratitud!. No: los corazones de todos los hombres juntos no serian bastantes para concebir contra mis iniquidades un aborrecimiento tan grande, que igualase á la desgracia que he tenido de cometerlas.

Como yo soy, Señor, el mas ingrato de todos los hombres, esta es la causa porque imploro vuestra mas grande misericordia, para que me supla el arrepentimiento que quisiera tener y que me falta.

Quisiera que mi pesar fuese tan grande como la misma fe que me ilumina, la cual me enseña el horror infinito que debo tener al pecado, y el amor sin límites que os debo tener á vos.

Siento toda la indignidad de mi conducta, y no la sentiria tanto, si vos, Dios mio, usárais de ménos bondad conmigo.

¡Ay de mí! toda mi ingratitud no ha podido cansar vuestra paciencia. Me habeis esperado con una condescencia que no puedo admirar demasiado, ni podré reconocer bastante.

En el estado miserable en que estoy en vuestra presencia, ¿qué otro motivo de esperanza puedo tener sino vuestra bondad misma? ¡Oh Jesus Salvador mio! restituidme á vuestra amistad, y hacedme conocer por este medio cuán grande es vuestro poder.

Bien sé que he merecido los golpes mas crueles de vuestra justicia. ¡Ah! castigad á este rebelde; pero restituidle el lugar que tenia en vuestro corazon.

Quitadme, Señor, quitadme todo lo que puede aficionarme al mundo, los bienes de fortuna, el honor, la reputacion, la estimacion y amistad de los hombres; pero no permitais

jamas que tenga otra vez la desgracia de perderos.

Concededme la gracia de que repare en adelante por mi fidelidad en amaros el tiempo que he vivido separado de vos.

Dignaos, pues, ¡oh Jesus! admitirme cerca de vos. Vuestro corazon es siempre el mismo, dispuesto siempre á recibiros á pesar de nuestros desórdenes.

A vos me refugio, ¡oh Dios mio! No quiero salir mas de vos, sino vivir con vos por toda una eternidad.

CAPITULO XV.

Del ardor con que debe buscar á Jesus el que ha tenido la desgracia de perderle.

Luego que María advirtió la falta de Jesus, no perdonó la menor diligencia hasta volverle á hallar: le busca entre sus parientes y conocidos, y ninguno le da razon; marcha inmediatamente á Jerusalen, en donde tuvo la dicha de encontrarle.

La alegría que esperimentó al ver á su

amado Hijo, recompensó la inquietud que le habia causado su ausencia.

¡Oh alma mia! tú has perdido á Jesus: imita el ardor de esta tierna Madre, y déjalo todo á ejemplo suyo por volverle á hallar.

Haz que tus lágrimas y arrepentimiento pregunten por él á todas las criaturas, al cielo y á la tierra, á la luz del dia y á las tinieblas de la noche.

Muchas veces se busca á Jesus y no se le halla, porque no se le busca como se debe. En vista de la indiferencia con que se le busca, no parece sino que serviria de sentimiento el encontrarle.

Es necesario que la prontitud en buscarle y la alegría de volverle á hallar, sean una prueba del dolor y sentimiento de haberle perdido.

Pero ¿en dónde hallarás tú á Jesus? ¿será acaso en medio del mundo? Jesus es su enemigo declarado.

No te lisonjees de que la carne y la sangre te ayudarán á encontrarle. *María no le halló ni entre sus parientes ni entre sus conocidos* (1).

(1) Luc. II, 44.

Consulta los oráculos del Evangelio: pregunta á los santos y á los ministros del Señor, y ellos te dirán en dónde se halla.

Encontrarás á Jesus en donde María le encontró: *en el templo*, en la casa de oracion, entre los ejercicios de religion, en compañía de sus ministros y de sus siervos.

Le encontrarás en la soledad, y especialmente en la soledad del corazon, es decir, en el silencio y recogimiento de las pasiones.

Allí es (1) á donde *quiere el Señor que vayas para escuchar su voz*, y oir las *palabras de vida* que saldrán de su boca.

Allí es donde le han buscado y le buscan todos los que quieren sinceramente acercarse á él, ó porque se han separado del Señor por los desórdenes de una vida criminal, ó porque le han perdido de vista por tibieza y una disipacion voluntaria.

Cuando le hayas encontrado ¡oh alma mia! ¿de qué paz tan dulce no gustarás entónces? ¿se puede gozar de alguna dicha no estando cerca de Jesus?

(1) Os. II, 14.

Quien ha perdido á Jesus y le vuelve á encontrar, bien presto conoce por esperiencia, que un tesoro tan grande merece bien la pena de buscarse.

CAPITULO XVI.

De la conducta que debe observar una alma despues de haber vuelto á hallar á Jesus.

SIERVO. Vos ¡oh María! habeis vuelto á hallar á Jesus: le llevais á Nazareth en vuestra compañía: ¡oh, y qué dicha la vuestra! Los mismos ángeles os la envidian.

¿Con qué maternal cuidado no vais á velar sobre este precioso depósito? ¿Qué nuevas atenciones no poneis sobre su vida y su persona?

MARÍA. En efecto, hijo mio, es una felicidad grande haber vuelto á hallar á Jesus, despues de haberle perdido, y ninguna cosa se debe omitir para asegurar su posesion.

SIERVO. Dignaos ¡oh Vírgen Santa! enseñarme vos misma lo que debo hacer para no verme privado otra vez de este soberano bien.

MARÍA. Hijo mio: examina con atencion y cuidado la causa que podrá haber habido para que Jesus se haya apartado de tí, y cómo has venido á perder su gracia y tenerle por enemigo.

¿No es verdad que comenzaste por descuidarte en su servicio, y por hacerte culpable por medio de una infinidad de negligencias y descuidos que fueron causa de que Jesus se resfriase, digámoslo así, en la comunicacion de sus gracias?

Pues has de saber que estas negligencias repetidas son las que forman el muro de division que se pone entre Jesus y el hombre, cuando éste llega á ser por su desgracia esclavo de la culpa.

¿No has abrigado voluntariamente dentro de tí mismo alguna pasion dañosa, en vez de reprimirla cuando esperimentabas aquellos primeros fuegos que encendia en tu corazon?

Cuando Dios te ha pedido el sacrificio de algunas pasiones y afectos demasiado humanos, ¿no te has negado á hacérsele?

Pues ten entendido, hijo mio, que por haber negado á Jesus este sacrificio que te pedia, te hiciste indigno de aquella providen-

cia especial que sirve como de una salvaguardia, é impide muchas veces el que las almas den en un estravío deplorable.

Si reconoces que alguna de estas cosas, ó cualquiera otra han sido la causa de que Jesus se apartase de tí, recurre al principio del mal, porque si no cortas la causa, no cesará el efecto.

Vela mas particularmente sobre tí mismo; *guarda tu corazon con todo el cuidado posible, y no te separes jamas de su recinto* (1).

Es necesario conservar siempre el corazon sin dividir sus afectos: y de este modo se conserva tambien aun la misma vida del alma.

Sé fiel en las cosas pequeñas y de corta consideracion, para que así no llegues á ser infiel en cosas mayores: *el poco cuidado que se pone en evitar las faltas ligeras, conduce insensiblemente á cometer faltas graves* (2).

Jesus no quiere de ninguna manera un corazon dividido. El le ha hecho todo para sí; y quiere poseerle todo entero.

Estas faltas pequeñas que te perdonas, hijo mio, tan fácilmente, y que otros muchos se perdonan del mismo modo, van insensi-

(1) Prov. IV, 23.—(2) Eccles. IX, 11.

blemente apartando al hombre de Jesus, y á Jesus del hombre.

Es veradd que por ellas no se pierde la amistad de Dios; pero disponen para esto. El Señor mira estas faltas leves como señales de frialdad en su servicio, y por esta razon va disminuyendo el número de sus gracias.

La fidelidad mantiene aquel dulce comercio que se forma entre el corazon de Jesus y el corazon del justo.

Haz con Jesus lo que tú quisieras que hiciera Jesus contigo. ¿Quieres que derrame sobre tí todas las riquezas de su amor? pues haz tú con él lo mismo, y entrégale tu corazon sin reserva.

Usar de economías para con Dios es manifestar un corazon bien mezquino. Los afectos que se reservan para otro objeto, le causan una especie de celos.

Se oyen con gusto hasta las palabras mas indiferentes, cuando vienen de una persona á quien se ama: ¿pues por qué no se han de recibir con la misma disposicion de amor y fidelidad las inspiraciones de Jesus, cuando te sugiere por su gracia los medios de evitar el pecado, ó cuando te exita á que crezcas en la virtud?

SIERVO. ¡Oh Vírgen Santa! que conocísteis tan perfectamente lo que es amor y fidelidad: yo espero que ayudado de la gracia de Jesus que vos os dignaréis pedir para mí, me aprovecharé de vuestras instrucciones.

Pero permitid, Señora, que yo os manifieste uno de mis temores. Siendo como soy, tan flaco y miserable, ¡ay de mí! ¿tendré yo la desgracia de perder otra vez á Jesus, y de perderle para siempre?

MARÍA. Hijo mio: es muy conveniente que estes poseido de este temor; y si no lo estuvieras, yo misma procuraria inspirártele.

Este temor santo no debe sin embargo estar acompañado de ninguna inquietud ni turbacion; ántes bien, por el contrario, se debe templar por medio de la confianza.

Haz cuanto esté de tu parte para perseverar en el amor de Jesus, y espera de su bondad la gracia de la perseverancia.

SIERVO. ¡Oh Madre piadosa! ¡qué incertidumbre tan cruel la de una alma que nada teme tanto como el no perseverar, y que le deja Dios ignorar si perseverará!

MARÍA. Esta incertidumbre, hijo mio, es indispensable á todos los que están en esta vida: Dios lo ha querido así para que no dieseu los hombres en el escollo de la presuncion.

Esta misma incertidumbre debe mantenerte en la humildad, inspirarte una santa desconfianza de tí mismo, y hacerte obrar tu salvacion con temor y temblor.

Solo en el cielo se puede estar libre de todo sobresalto, y gozar de la dichosa seguridad de estar siempre con Jesus.

CAPITULO XVII.

Cómo el alma fiel no debe desanimarse cuando esperimenta sequedades y arideces, ni cuando le parece que Jesus se ausenta.

Dios observa alguna vez una conducta con los justos, que los turba y los inquieta: para probar su fidelidad, aparta de ellos por algun tiempo su presencia sensible.

Así fué como obró Jesus con su Santa Madre. Habia previsto la pena que le causara su ausencia, y sin embargo se aparta de ella por algun tiempo, y se queda en Jerusalen sin noticia suya.

¡Oh alma cristiana! si quisiese aquel Dios de amor probarte de esta misma suerte, *no*

te turbes por eso; ármate de valor, y espera con paciencia su vuelta (1).

Aunque siempre esté cerca de tí para darte socorro cuando se lo pidas, es conveniente que parezca algunas veces apartarse de tí, para que de este modo conozcas cuánta seria tu desgracia si llegases á perderle del todo.

Cuando favorece á una alma con sus consuelos, es para sostenerla en medio de sus penas; y si permite despues que sea entregada á la sequedad y á la desolacion, es para que no se ensoberbezca á vista de las bondades que usa con ella.

Todos sus amigos, ó la mayor parte, han esperimentado esta alternativa de alegría y de tristeza, de devocion y de disgusto, de paz y de tentacion.

Cuando parecia que se apartaba Jesus, y que los abandonaba, digámoslo así, á ellos mismos, esperimentaban entónces toda su flaqueza; pero no se desanimaban por esto, porque sabian, que aunque la presencia de Jesus no sea siempre sensible, no por eso debemos tener ménos seguridad de sus auxilios.

(1) Ps. XXVI, 14.

Sabian que Dios ha previsto todos los males que padecemos, y por consiguiente que nos ha proporcionado los medios de aprovecharnos de ellos.

Cuando te sostiene su gracia con dulzuras y consuelos, caminas en su servicio con placer y con facilidad; pero no pienses por esto que es entónces cuando estás mas adelantado.

Entónces se podrá decir que has hecho muchos progresos en la virtud, cuando, habiéndote Dios probado por alguno de sus caminos, y especialmente por la sequedad en tus ejercicios, has llevado con paciencia, humildad y sumision aquel estado de abandono y desamparo en que parecia haberte dejado Dios.

Esta situacion es triste á la verdad, porque siempre se recela mas que sea castigo, que prueba del amor que le tenemos.

Sin embargo ¡oh alma cristiana! cuando te veas en este estado, léjos de perder la confianza, espera siempre, y espera firmemente que presto volverás á ver á tu Amado, que le verás tan amable como ántes, y que la prueba que quiere hacer de tí no será larga, así como no lo fué la de María.

Imita entónces aquel ardor que tuvo esta divina Madre por encontrar á su Hijo. Búscale como ella con un deseo eficaz, y con una impaciencia santa por volverle á hallar.

Pero no murmures de ninguna manera, hijo mio, porque Jesus nada te debe; ó si formas contra él alguna queja, sea queja de amor.

¿*Por qué*, hijo mio, decia María á Jesus, *por qué habeis obrado así con nosotros* (1)? ¡Qué sentimiento tan cruel no nos atormentaba por haberos perdido!

Dile tú de la misma manera: ¡Oh Jesus mio! ¿por qué habeis puesto mi corazon á una prueba tan terrible? Bien sabeis vos, Señor, cuánto padezco en vuestra ausencia.

¿He cometido alguna infidelidad contra vos, que os haya obligado á separaros de mí?

Si mi conducta os ha ofendido, y ha sido causa de esta separacion, perdonadme, Señor, que yo pondré en adelante mas cuidado en evitar cuanto pueda desagradaros.

Pero ¡oh Dios mio! cualquiera que sea el motivo que teneis para proceder conmigo de esta suerte, yo me someto enteramente á vuestra voluntad; probadme, Señor de la manera que mas os agrade, y por todo el tiempo que querais, pues consiento gustosamente en ello, con tal que yo conserve siempre vuestro amor dentro de mi corazon.

(1) Luc. II, 48.

CAPITULO XVIII.

De la vida retirada.

SIERVO. Dignaos ¡oh Vírgen Santa! esplicarme el misterio de aquella vida oscura y retirada que observábais en Nazareth; porque no hay duda que si todos os hubiesen conocido, podríais haber atraido á Jesus muchos corazones y alabanzas.

MARÍA. Hijo mio: yo ponia toda mi gloria en imitar al mismo Jesus, que queria ser por mucho tiempo sobre la tierra *un Dios oculto* (1).

Habia venido á este mundo para enseñar á los hombres por su doctrina á huir de la pompa y á ser humildes; y por la vida retirada que observó en Nazareth, les dió primero el ejemplo ántes de pasar á instruirlos.

El Padre celestial queria ser glorificado por la vida oscura de Jesus, y Jesus prefirió

(1) Isai. XLV, 15.